

Etimologías

Lexis XXIV. 1 (2000): 151-162.

Nota etimológica: El topónimo *Lima*

Rodolfo Cerrón-Palomino
Pontificia Universidad Católica del Perú

“Y entre las otras letras que varían y truecan [los quechuahablantes costeños] en su pronunciación, una es la *R*, en lugar de la cual usan de *L* en algunas dicciones, como en esta de que vamos hablando, que por decir *Rímac* dicen *Límac*”.

Cobo ([1639] 1956: I,IV, 292)

0. Propósito. En la presente nota discurriremos sobre la etimología del nombre de la capital peruana.¹ Como en todo estudio de corte etimológico, abordaremos tanto la forma como el significado del topónimo en cuestión, para cuyo efecto echaremos mano de la información documental y de la evidencia lingüística disponibles. Quisiéramos adelantar que la dilucidación del nombre elegido en esta oportunidad no ofrece mayores dificultades, y en realidad la única hipótesis novedosa que quisiéramos formular al respecto se relaciona con la posible huella aimara de su fonetismo así como con los detalles de su evolución.

¹ Texto corregido y aumentado de la ponencia presentada en el seno del IV Coloquio de Historia de Lima, en homenaje a Raúl Porras Barrenechea, realizado entre el 20 y el 21 de enero de 1997.

1. **Forma primigenia.** La forma originaria del nombre que ostenta hoy la capital peruana era **Límaq*. Es a partir de esta configuración que el topónimo será consignado por los escribas españoles más tempranos, con las adaptaciones ineludibles en pronunciación y escritura. En efecto, así aparece registrado en los documentos coloniales, especialmente en los de naturaleza protocolar, en los que alternan <Limac>, <Lima>, e incluso <Lyma>, tal como nos lo ilustran Rostworowski (1978: cap. 2), pero sobre todo Lohmann Villena (1992: 56).

Aparte de la documentación escrita, de suyo importante aunque no decisiva, contamos también en el presente caso con la evidencia lingüística. Y así, el nombre se encuentra aún, cual canto rodado, en los dialectos quechuas del Valle del Mantaro: [lima:] en Huancayo, y [limah] en Jauja (donde tanto la longura vocálica como la /h/ finales provienen, por regla general, de una antigua */q/), así como en los del Callejón de Huailas: [limaq]. Fuera del quechua, se la registra también como *Nimja* o, mejor aún, *Nimaja* (proveniente de **limaq*), en la variedad tupina del aimara (cf. Belleza 1995: 121). Incluso en la lengua mochica, extinguida alrededor de la primera mitad del siglo pasado, la designación era parcialmente idéntica: <Limac>, es decir [limak], según aparece registrada en algunos de los ejemplos ofrecidos por Fernando de la Carrera ([1644] 1939: 59, 64) en su conocido *arte*.

Ahora bien, pronunciado de esa manera (al menos en relación con su consonante inicial), el topónimo reflejaba el fonetismo propio de la variedad quechua hablada en la costa centro-sureña peruana, en la que la consonante /r/ tendía a ser sustituida por la /l/, como se puede ver en nombres como *Malanca*, *Sulco*, *Lurin*, *Latim* (hoy *Ate*), *Lunaguaná*, etc. (cf., para la documentación colonial, Rostworowski 1978: cap. 2)². Que los quechuahablantes costeños trocaban la /r/ por /l/, al menos en forma variable, nos lo dice el historiador

² Incidentalmente, según el cronista Lizárraga ([1605] 1968: I, LXIII, 42), la verdadera pronunciación del topónimo *Mala* habría sido *Mara*. En efecto, en términos que recuerdan al Inca Garcilaso, observa el historiador que serían los españoles quienes, "corrompiendo la *r* en *l*", pronunciaban *Mala* en lugar de la supuesta forma correcta. Nada de eso, sin embargo, ya que el testimonio de Cobo resulta contundente.

Cobo, a mediados del siglo XVII (ver epígrafe), quien relata que si a un indio serrano que se dirigía a Lima se le preguntaba que a dónde iba, respondía *Rimacman* ‘hacia Lima’, pero que si la misma pregunta se le hacía a un nativo costeño, éste contestaba *Limacman*, es decir con /l/ en vez de /r/ (cf. Cobo [1639] 1956: I, IV, 292-293).³

Así, pues, tal modalidad articulatoria, conocida como lambdacismo, constituía uno de los rasgos que diferenciaban al quechua de “los llanos” o “marítimo”, como se lo designaba, de las variedades serranas, que preservaban la /r/. La única otra variedad en la que se había producido un cambio similar, y de modo mucho más radical, era el quechua del Valle del Mantaro (cf. Cerrón-Palomino 1989b: II, § 2.31.1). Aquí, en efecto, la */r/ cambió de modo general y sin restricciones a /l/ (cf. *linli* ‘oreja’, *likla* ‘brazo’, *ulpay* ‘paloma’, *limay* ‘hablar’, etc. en lugar de *rinri*, *rikra*, *urpay* y *rimay*, respectivamente). De manera que no sólo a un costeño se le podía oír decir *Limacman*, como refiere el jesuita historiador, sino también a un serrano huanca: de hecho, ahora mismo un quechuahablante jaujino respondería a la pregunta formulada por Cobo en su diálogo imaginario: “Limahman” ‘hacia Lima’ (donde la /h/ final es el reflejo sistemático de la antigua postvelar */q/; cf. *atuh* ‘zorro’, proveniente de **atug*).

2. Sustrato aimara. Según todo indicio, tal parece que el cambio */r/ > /l/, así como algunos otros fenómenos que tipifican al quechua huanca, fueron inducidos por hábitos lingüísticos de origen aimaraco. Como se sabe, a lo largo de toda su historia, la lengua aimara ha manifestado una particular repugnancia por el fonema /r/, que cambia obligatoriamente a /l/ en posición inicial de palabra. En el aimara de Tupe (Yauyos), por regla evolutiva, dicha /l/ pasa incluso a convertirse en una nasal: así *Nimja*, proveniente de **Nimaja*, con epítesis vocálica y posterior elisión de la segunda vocal, en lugar de

³ Aquí, sin embargo, cabe señalar que el ejemplo elegido por el autor no es precisamente el mejor, pues el nombre <Lima>, con /l/ y no con /r/, fue introducido incluso en el quechua cuzqueño, luego de la conquista incaica del valle. De hecho, el codificador primigenio de aquella variedad, proporciona en su gramática, el siguiente ejemplo: <hayca huatam limacpi caynanqui> “quantos años te has detenido en Lima [?]” (cf. González Holguín [1607] 1975: II, 98v). De manera que tanto costeños como serranos seguramente pronunciaban el nombre con /l/, pues así lo habrían aprendido al tener noticia del lugar.

Limja < **Limaqa*.⁴ Es más, en algunos dialectos tanto centrales como sureños dicho cambio parece haberse estado propagando incluso a otros contextos (cf. Cerrón-Palomino 1998: § 4).

Pues bien, de acuerdo con nuestras pesquisas sobre la historia y evolución de la lengua (cf. Cerrón-Palomino 2000: cap. VII), no sólo el Valle del Mantaro y toda la sierra centro-sureña sino también sus costas alledañas parecen haber sido –mucho antes de la expansión preinca del quechua en dichas áreas– territorios de habla aimara, tal como lo sostenían, aunque no siempre sobre la base de evidencias sólidas, Paz Soldán (1877), Middendorf ([1891] 1959), Villar (1895), Uhle ([1910] 1969) y Durand (1921), entre otros. De manera que, del mismo modo que en el Valle del Mantaro, aunque en forma menos drástica, en el de Lima habría operado también la influencia sus-tratística mencionada sobre el quechua: en tal sentido, la pronuncia-ción de [límaq] a partir de una forma originaria *[rímaq], es decir con el cambio de */r/ en /l/, estaría acusando una influencia sus-tratística aimara.

3. Adaptación castellana. En relación con la consonante final de la forma documentada <Limac>, debemos señalar que aquélla habría sido la postvelar /q/ (cf. Cerrón-Palomino 1990), que en este caso, además, servía como expresión de la marca gramatical agentiva. Dicha consonante fue suprimida en labios de los españoles (pién-sese en el conocido caso de <Pachacama> en lugar de *Pachacamac*, proveniente de **pacha kama-q* ‘el sustentador del universo’), en cuya base articulatoria la región postvelar no sólo no cumple ninguna función distintiva sino que, de modo más compulsivo, las reglas de su sistema fonológico tampoco admiten consonantes oclusivas en posición final de palabra. Lo último ya lo había observado el propio Cobo, a propósito del topónimo *Lunahuanac*: “nosotros que no gusta-mos de muchos [sic] consonantes –nos dice– [pronunciamos] *Lu-nahuaná*, quitada la *ç*” (cf. Cobo [1639] 1956: I, IV, 292). Lo propio

⁴ El cambio */q/ > /x/ (segmento este último representado ortográficamente con <j>) también es perfectamente regular en el aimara central en el contexto de final de sílaba: sólo una vez espirantizada la /q/ recibió el apoyo de la vocal paragógica (cf. Cerrón-Palomino 2000: § 1.1.41.1). Incidentalmente, la forma <limca> asoma también en el manuscrito de Huarochirí, delatando, una vez más, sustrato aimara: **rima-q* > *limaqa* > *limqa*, con soporte vocálico y posterior elisión de la vocal postónica (cf. Anónimo [1608] 1987: 18: 22: 19: 11, 20).

pudo haber dicho de la <c> de *Limac*, así como de cualquier topónimo terminado en consonante oclusiva, y sin ir demasiado lejos los provenientes del mochica: verbigracia *Omaensæfæc* > *Monsefú*, *Requep* > *Reque*, etc. (cf. Cerrón-Palomino 1989a, 1995). En vista de tales casos, como lo hemos señalado en otro lugar (cf. Cerrón-Palomino 1996: nota 34), la caída de la mencionada consonante, lejos de ser un rasgo del quechua local, como lo sugiere Rostworowski (1978: cap. 2, 102-103), es más bien producto de la nativización normal del término dentro del castellano.⁵

4. Sobre la designación. En relación con el significado del topónimo, dicha voz proviene de la raíz **rima-* ‘hablar’, seguida de la marca del participio de presente *-q*, para dar el derivado *rima-q* ‘el que habla’ o ‘hablador’ (*lima-q*, en la variedad local costeña). De modo que no podía ser menos exacta la interpretación semántica que hace el Inca Garcilaso respecto del mismo (cf., para sus conocimientos gramaticales, Cerrón-Palomino 1993), al comentar que “el nombre *Rímac* es participio de presente: quiere dezir el que habla” (cf. Garcilaso [1609] 1945: VI, XXX, 68). Con todo, el reputado historiador Lohman Villena (1992) observa que <Limac> o <Lima> no tendrían nada que ver con la voz quechua *rimac*, ni tampoco significaría ‘hablador’, ya que esta noción aparecería lexematizada como <simi çapa> en fray Domingo de Santo Tomás ([1560] 1994: fol. 63v), el primer gramático quechua. ¿Qué hay de cierto en ello?

Al respecto, cabe señalar que tal expresión es en verdad metafórica (literalmente significa ‘bocón’), de allí que aparezca también glosada como “baladron, o parlero” (cf. [1560] 1994: p. 167). Como tal, el uso del giro mencionado no excluía, en manera alguna, la posibilidad de que se generara en forma regular el derivado <rimac> (más precisamente /lima-q/, en el dialecto local) con la sola aplicación de una de las reglas de nominalización de la gramática puesta en “orden” justamente por el dominico.

⁵ En verdad, es el Inca Garcilaso quien, por primera vez, parece achacar a los españoles la supresión de dicha consonante final, pues al tratar sobre el valle del *Rímac*, dice que “los españoles, corrompiendo el nombre, [lo] llaman Lima” (cf. Garcilaso [1609] 1945: VI, XXX, 67). Como lo hemos demostrado en otro lugar (cf. Cerrón-Palomino 1991), en lo que el Inca no anduvo acertado fue en atribuir a los españoles la sustitución de la /r/ por la /l/, que no tenían por qué hacerla. En éste, como en casos similares, el ilustre mestizo simplemente desconocía la realidad dialectal del quechua. Ver, al respecto, nota 7.

Ahora bien, ¿cuál era entonces el referente de dicha designación? Es decir, ¿quién era el que hablaba? Modernamente (y esto constituye parte del saber popular) se dice que quien habla es el río que atraviesa la ciudad, por ser caudaloso, sobre todo en época de crecida, cuando el murmullo se torna en estruendo.⁶ Nada más gratuito y fantasioso, pues en verdad el que hablaba era el *oráculo* preinca instalado en lo que hoy es el cercado de la ciudad,⁷ concretamente en lo que los españoles identificaron como la “huaca de Santa Ana”, y donde posteriormente se levantaría el hospital del mismo nombre (cf. Rostworowski, 1978 69-72). Extirpado el culto a la huaca siguió empleándose la forma *Limac* para designar a todo el antiguo territorio del señorío local, cuyo nombre originario de Ichma sólo queda ya en los documentos. La ampliación semántica del término, de corte metonímico, ya nos la explicó el historiador mestizo al señalar que “porque [el ídolo] hablava, le llamavan el que habla, y también al valle donde estava” (Garcilaso, [1609] 1945: VI, XXX, 68).

⁶ En verdad, esta interpretación se remonta ya a la colonia. Así, uno de los primeros que la consigna es Murúa ([1613] 1987: III, XIII, 506), conocido por sus etimologías toponímicas fantasiosas. La consigna también fray Buenaventura de Salinas y Córdova ([1630]1957: II, II, 105), al decirnos que, según unos, el valle era designado con el nombre en cuestión, “por el río que por ella [la ciudad] passa, que es el mayor de aqueste valle, y el mas ancho de todos, y con esso por su raudal, y corriente [los indios] lo llamaron Rimac en su lengua natural, que quiere dezir, rio que habla, ó mas propiamente rio hablador”. El historiador Cobo, en fin, refiere que “a este río le cuadra muy bien el nombre y su significado, por el gran ruido que hace con su raudal cuando viene crecido, que es de suerte que en el silencio y quietud de la noche se oye de cualquiera parte de la ciudad” (cf. *Cobo* [1639] 1956: I, IV, 293). Es más, un historiador moderno como Porras Barrenechea se adhiere sin reservas a dicha interpretación al señalar en prosa digna de su estilo que: “Rímac es voz indígena que significa ‘el que habla’, denominación la más apropiada para el canal que distribuye las aguas a la ciudad murmuradora y parlante” (cf. Porras Barrenechea [1935] 1965: 22, 365-366).

⁷ Se trataba del santuario importante que figura en la lista de adoratorios ofrecida por Cristóbal de Albornoz, como integrante de las huacas que se encontraban en la “provincia de Ychma”. El célebre extirpador de idolatrías consigna, en efecto, el santuario de “*Rímac*, guaca de los indios de *Lima* que se dezían *ychmas*, donde está poblada la ciudad de los Reyes, era una piedra redonda. Está en un llano donde tiene la güerta Gerónimo de Silva” (cf. Albornoz [1581] 1988: 191; énfasis nuestro). Nótese, de paso, la “cuzqueñización” del nombre del santuario: <Rímac> en lugar de <Limac> o simplemente <Lima>, que sin embargo ya era el nombre corriente de la ciudad en boca de los españoles, en vez del impuesto “Ciudad de los Reyes” (cf. Cobo, [1639] 1956: I, IV, 291-292).

De manera que la designación del río como ‘hablador’ es muy posterior, y posiblemente fue consolidándose una vez que se erradicó la memoria del oráculo, otrora tan mentado a lo largo de la costa central.⁸ Asimismo, la restitución de la forma *Rímac* (con /r/ y con /k/), para designar esta vez exclusivamente al río,⁹ ya que no a la ciudad, cuyo nombre se mantiene en forma prístina, es el resultado de la “sureñización” de que fueron objeto las voces quechuas, y con ellas algunos topónimos, sobre la base del modelo cuzqueño, y cuya tradición distorsionante se remonta ya a la práctica propugnada por el Tercer Concilio Limense (cf. Cerrón-Palomino 1987, 1992), siendo uno de sus más devotos seguidores nada menos que el Inca Garcilaso (cf. Cerrón-Palomino 1991).¹⁰

5. A modo de epílogo. A la luz de los datos examinados, el origen del nombre de la capital peruana resulta clarísimo, sobre todo en relación con su forma fónica, de cuño eminentemente que-

⁸ Notemos, a propósito, que el historiador Cobo, quien descarta el significado de ‘oráculo’ para quedarse con el de ‘río hablador’, cree afianzar la hipótesis en favor de esta última significación aduciendo que los topónimos <Limac>, <Apurimac> y <Limatambo> siempre aluden a “algún río” (cf. Cobo, [1639] 1956: I, IV, 293). Que esto no parece ser así lo podemos comprobar con una ojeada a los diccionarios de Paz Soldán (1877) y Süglich (1922), que registran topónimos que conllevan la forma <Limac> o <Rimac> en combinación con <pampa> ‘llanura’, <pata> ‘andén’, <huasi> ‘casa’, <chaca> ‘puente’, etc., en los que obviamente se está haciendo alusión a un oráculo o a un eco: después de todo, la metáfora del río como hablador no parece ser propia de la cosmovisión andina. De hecho, para <Aporima> tenemos la siguiente explicación de Pedro Pizarro: “quiere dezir el señor que habla”, pues “aquí en este Aporima hablaua el demonio con ellos [los indios]” (Pizarro [571] 1978: 81). Por lo demás, la versión ofrecida peca de una traducción a la manera castellana, pues se toma el adjetivo como núcleo: en verdad una glosa más acertada vendría a ser “el oráculo principal” o “mayor”. De paso, el Inca Garcilaso también cae víctima del esquema gramatical castellano (cf. [1609] 1945: VIII, XXII, 204).

⁹ Nótese que en los documentos del siglo XVI, el río se llama también <Lima> o “río de Lima”. Así, en efecto, en la anónima “Breve relación de la Ciudad de los Reyes o Lima”, redactada hacia 1575, y editada por Jiménez de la Espada ([1881-1897] 1965: 153), puede leerse lo siguiente: “El río que pasa junto a la ciudad se llama Lima, que tiene un puente junto a la ciudad que tiene siete ojos de cal y ladrillo y canto, que hizo el marqués de Cañete”. Años más tarde, el corregidor de Huarochiri, don Diego Dávila Briceño ([1586] 1965: 157), hará mención asimismo al “río de Lima”.

¹⁰ Curiosamente, Guaman Poma ([1615] 1936) no cae en el juego, y siempre escribe <Lima> (pero ver también nota 3). De la misma forma lo hace el otro cronista indio, Santa Cruz Pachacuti ([1613] 1993), quien parece preferir la forma <Limac> antes que la de <Rimac>. En fin, que la forma con <I> fue incluso la usada en el Cuzco nos lo testimonia el nombre del santuario <Limacpampa ~ Limapampa>, del segundo *ceque* del Co-

chua (y costeño), aunque parcialmente aimarizado. En tal sentido, no deja de asombrar que un estudioso de la talla de Lohmann Villena (1992) pueda mostrarse escéptico aún en relación con el significado originario del topónimo, sosteniendo que éste sea “de etimología insegura hasta el presente”. Nada más lejos de ello en el presente caso, conforme se vio. En verdad, toda la documentación dada a conocer por el acucioso investigador no hace sino abonar en favor de lo que resulta obvio: sólo que para explicar el problema hace falta –y de manera crucial– el enfoque lingüístico-filológico a partir del conocimiento de la historia y dialectología de nuestras lenguas mayores: el quechua y el aimara.

Por lo demás, nunca será suficiente insistir en el hecho de que la onomástica que prescindiera de la hermenéutica lingüística está condenada irremediablemente al fracaso. En ausencia precisamente del rigor de dicha disciplina los estudios de onomástica andina están plagados, desde tiempos de la colonia hasta el presente, de interpretaciones fantasiosas tanto en forma como en contenido, en las que el estrujamiento fonético da pie a las más delirantes asociaciones semánticas, desvirtuando el mensaje histórico-cultural que portan los nombres de lugar.

En suma, como se habrá podido apreciar, el significado de ‘hablador’ que se le da al río es producto de una etimología popular, aquella que nace espontáneamente en la imaginación del hablante anónimo, con total desconocimiento del verdadero *étimon* de la palabra, una vez que se pierde memoria de la motivación de ésta. Al margen de tales avatares, la forma local auténtica del nombre, de extracción eminentemente quechua, pervive hasta la actualidad bajo la forma de *Lima*, pregonando una doble marca: aimara (la /l/ inicial) y castellana (la poda de la consonante final). Insistamos: como en pocos casos de la toponimia andina de base quechua, las evidencias en favor del étimo *Lima* < **Rímaq*, tanto las de orden documental como las propiamente lingüísticas, son contundentes, y, por consiguiente, toda otra elucubración carece de sentido.

llasuyo (cf. Cobo [1653] 1956: XIII, XV, 179), y que el Inca “normaliza” como <Rimac-pampa> (cf. Garcilaso, [1609] 1945: VII, VIII, 104). En este caso, el cambio *r > l acusa un sustrato aimara, seguramente el causado por la variedad que hablaban los propios incas hasta antes de Huaina Capac (cf. Cerrón-Palomino 1999).

BIBLIOGRAFÍA

Albornoz, Cristóbal de

- [1581]1988 *Instrucción para descubrir las huacas del Piru y sus camayos y haciendas*. En *Fábulas y mitos de los incas*. (Eds.): Urbano, Henrique y Pierre Duviols. Madrid: Historia 16, pp. 163-198.

Anónimo

- [1608]1987 *Ritos y tradiciones de Huarochirí del siglo XVII*. Versión paleográfica, interpretación fonológica y traducción al castellano de Gérald Taylor. Lima: IFEA e IEP.

Belleza Castro, Neli

- 1995 *Vocabulario jacaru-castellano/castellano-jacaru*. Cuzco: C.E.R.A. "Bartolomé de las Casas".

Cerrón-Palomino, Rodolfo

- 1987 "Unidad y diferenciación lingüística en el mundo andino". *Lexis*, 11: 1, pp. 71-104. También en López, Luis Enrique (Comp.): *Pesquisas en lingüística andina*. Lima: Gráfica Bellido, pp. 121-152.
- 1989a "Quechua y mochica: lenguas en contacto". *Lexis*, 13: 1, pp. 47-68.
- 1989b *Lengua y sociedad en el Valle del Mantaro*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- 1990 "Reconsideración del llamado *quechua costeño*". *Revista Andina*, 16: 2, pp. 335-409.
- 1991 "El Inca Garcilaso o la lealtad idiomática". *Lexis*, 15: 2, pp. 133-178.
- 1992 "Diversidad y unificación léxica en el mundo andino". En Godenzzi, Juan Carlos (Comp.): *El quechua en debate: ideología, normalización y enseñanza*. Cuzco: C.E.R.A. "Bartolomé de Las Casas", pp. 205-235.
- 1993 "Los fragmentos de gramática del Inca Garcilaso". *Lexis*, 17: 2, pp. 219-257.
- 1995 *La lengua de Naimlap (reconstrucción y obsolescencia del mochica)*. Lima: Fondo editorial de la PUC.
- 1996 "El Nebrija indiano". Prólogo a la edición de la *Grammatica* de fray Domingo de Santo Tomás. Cuzco: C.E.R.A. "Bartolomé de las Casas".

- 1998 "El cantar de Inca Yupanqui y la lengua secreta de los incas". *Revista Andina*, 32, pp. 417-452.
- 1999 "Tras las huellas del aimara cuzqueño". *Revista Andina*, 33, pp. 137-161.
- 2000 *Lingüística aimara*. Cuzco: C.E.R.A. "Bartolomé de Las Casas".

Cobo, P. Bernabé

- [1639]1956 *Fundación de Lima*. Obras. Madrid: BAE, Ediciones Atlas. Tomo II.

Dávila Briceño, Diego

- [1586]1965 "Descripción y relación de la provincia de los Yauyos toda". En RGI, I, pp. 155-165.

De la Carrera, Fernando

- [1644]1939 *Arte de la lengua yunga*. Tucumán: Instituto de Antropología.

Durand, Juan

- 1921 *Etimologías Perú-Bolivianas*. La Paz: Talleres Gráficos "La Prensa".

Garcilaso de la Vega, Inca

- [1609]1945 *Comentarios reales de los Incas*. Buenos Aires: Emecé Editores S.A.

González Holguín, Diego

- [1607]1975 *Grammatica y arte nueva de la lengua general de todo el Perú, llamada lengua quichua o del Inca*. Cabildo Vaduz-Georgetown: Druck, Franz Wolf, Heppenheimer a.d.B.

Guamán Poma de Ayala, Felipe

- [1615]1936 *Nueva corónica y buen gobierno*. Paris: Institut d'Ethnologie.

Jiménez de la Espada, Marcos

- [1881-1897] 1965 *Relaciones geográficas de Indias*. Madrid: BAE, Ediciones ATLAS, Tomo I, pp. 153-154.

Lizárraga, Reginaldo de

- [1605] 1968 *Descripción breve de toda la tierra del Perú*. Madrid: BAE, Ediciones "Atlas".

Lohmann Villena, Guillermo

- 1992 "Visperas de la Ciudad de los Reyes". En Gunther, Juan y G. Lohmann Villena: *Lima*. Madrid: Ediciones MAPFRE, pp. 49-61.

Middendorf, Ernst W.

[1891]1959 *Las lenguas aborígenes del Perú*. Lima: UNMSM, pp. 56-102.

Murua, Martín de

[1613] 1987 *Historia general del Perú*. Madrid: Historia 16.

Paz Soldán, Mariano Felipe

1877 *Diccionario geográfico estadístico del Perú*. Lima: Imprenta del Estado

Pizarro, Pedro

[1571]1978 *Relación del descubrimiento y conquista del Perú*. Lima: Fondo Editorial de la PUCP.

Porras Barrenechea, Raúl

[1935]1965 *Pequeña antología de Lima*. Lima: Instituto "Raúl Porras Barrenechea".

Rostworowski de Diez Canseco, María

1978 "El valle de Lima". En *Señoríos indígenas de Lima y Canta*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Salinas y Córdova, fray Buenaventura de

[1630]1957 *Memorial de las historias del Novevo Mvndo*. Lima: UNMSM.

Santa Cruz Pachacuti, Joan de

[1613]1993 *Relación de antigüedades deste reyno del Piru*. Versión paleográfica de César Itier. Cuzco: C.E.R.A. "Bartolomé de Las Casas".

Santo Tomas, fray Domingo de

[1560]1994 *Lexicon, o Vocabulario de la lengua general del Peru*. Nota introductoria de Rodolfo Cerrón-Palomino. Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica.

Stiglich, Germán

1922 *Diccionario geográfico del Perú*. Lima: Imprenta Torres Aguirre.

Uhle, Max

[1910]1969 "Los orígenes de los incas". En *Estudios sobre historia incaica*. Lima: UNMSM, pp. 31-69.

VILLAR, Leonardo

1895 Lingüística nacional. Lenguas coexistentes con la keshua". *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*, V: 7-8-9, pp. 317-350.